

Escrito por: Ana Mireya

Resumen:

Una padre que es abandonado por su esposa, puede pasar.

Relato:

Adrian, mi padre, no es una persona mala, sølo que el alcohol no lo deja pensar. Ya tomaba desde antes pero empezø a perder el control desde hace tres años, cuando mamø dejo la casa. No sé qué problemas tendrían ni si era posible superarlos o no, lo que sí recuerdo es que una noche, después de una fuerte discusiøn, mamø tomø una maleta y se fue de la casa, cuando yo tenía 15 años. Recuerdo a Adrian prometerle desde el marco de la puerta que quemaría todas sus cosas. Nunca lo hizo. Las metiø todas en el cuarto para invitados y ahí las dejo. La mayor parte del tiempo Adrian es una persona agradable, simpøtica y encantadora, es un hombre guapo y con clase, pero cuando se deja llevar por el alcohol enloquece y es difícil reconocerlo. Así que intento no importunarlo, pasar desapercibida. Cuando se que estø en casa me enclaustro en mi cuarto y dejo que lo domine la borrachera hasta dejarlo tirado en el soføo en el suelo. Pero en otras ocasiones, por ejemplo, cuando regreso de la escuela, entro muy sigilosamente con miedo a que se me aparezca la fiera. Hace algunas tardes regresé de clase, con miedo a encontrørmelo, pero la casa estaba sola, tranquila, se respiraba un aire sereno. Así que subí a mi habitaciøn y al pasar por el cuarto de visita observe que la puerta estaba entre abierta; era raro porque siempre se encontraba cerrada. Entre sigilosamente, las fotos de mamø estaban regadas por el piso y una botella vacía de ron sobre un buro. Pobre Adrian, flageløndose con los recuerdos. Comencé a ordenar las fotos. En verdad era hermosa, la abuela decía que me parezco mucho a ella, a mi madre. Era alta, de facciones finas, de grandes caderas y prominente busto, así como yo. También saque sus ojos color miel, su cabello ondulado y su boca carnosita. Somos como dos gotas de agua. Había otra foto, estaba en un bar, a lado del piano, con micrøfono en mano. Mamø era cantante. Ahora recuerdo, papø se ponía celoso porque los hombres admiraban a mi madre, la adulaban, le regalaban flores y le gritaban improperios; pero mi madre sølo tenía ojos para Adrian, y a él no le bastaba, así que le empezø a hacer rabieta y escenas de celos. Pobre mamø. Pobre papø, seguro había pasado toda la mañana martirizøndose con el recuerdo de ella. Incluso había abierto el closet para ver y oler sus vestidos. Había, de entre ellos, uno en especial que me encantaba. Era un vestido de coctel en tonos rojos, muy ceñido al cuerpo,

strapless, hombros descubiertos, y llegaba apenas a la mitad del muslo. Me acordé de lo maravillosa que se veía a ella. Lo saqué y me dieron ganas de probarme. Me saqué la ropa y el bra y me lo puse. Era verdad. Eran idónticas. Recordaba a mamá; mientras me veía en el espejo. Me dieron ganas de cantar una canción que a ella le encantaba: Desnudarme poco a poco encenderte si te toco, s Nos miramos al espejo me haces da y no me quejo, no. La humedad en tu mirada tiernamente derramada, s tu lamento y mi lamento vuelan juntos en el mismo momento porque lo que quiero ahora es tu cuerpo ahora, ser su due a ahora ser su esclava ahora. Y atarlo ahora y adorarlo ahora parar el tiempo ahora y acariciarlo ahora… Estaba tan absorta cantando ante el espejo, sintiendo la sensualidad que seguramente mamá; sentía mientras deleitaba visual y auditivamente a su p blico que no escuche cuando Adrian había entrado, de pronto lo vi a través del espejo, con la boca abierta y la mirada perdida, transformado en toda una fiera. !Norma, so puta, cuando has regresado! No pude oírme nada, ni siquiera una palabra, su embriaguez et lica y su borrachera emocional le cerraron los o dos, y le nublaron la vista. Se abalanzó contra mamá; y me arrojó sobre la cama. !Soy Adriana, le gritaba, soy tu hija Adriana! No escucho nada. Me desgarré el vestido y saqué al aire mis grandes tetas. Las consentí febrilmente, soltando unos besos apasionados sobre ellas, las apretujaba y mord a con ansias con ardor combinado con nostalgia. Me quedé sin volumen, mi voz apenas era un aliento combinado con gemidos y suspiros que le repet an afanosamente: !Soy tu hija, soy tu hija! Me levanté el vestido y deshizo mis bragas. Sin mamá;s pre mbulo me ensartó violentamente y me hizo llorar de dolor. Una tras otra sus acometidas me golpeaban las puertas de mi tero, su sexo se clavaba en mi vagina violent ndola pero llen ndola de un ardor que hasta entonces s lo había vislumbrado, sentía como su abdomen me golpeaba y un leve roz n acariciaba mi cl toris, estaba empapada, moj ndome, sacudida por unos orgasmos que no quería creer, que no quería gozar y que le pertenec an a otra mujer, a mi madre. Adrian siguió todavía por un tiempo largo magreando mi sexo, aporreando mi cuerpo contra la cama, entonces tras una sacudida inund mi interior con un chorro de su esperma.

Sentí como me empapaba el interior de la pierna y se mezclaba con mis propios fluidos. Finalmente había terminado. Se dejó caer a un lado más y se puso a roncar. Estaba confundida, llena de deseo y repugnancia, llena de un gusto indomito y una culpa calamitosa. Me quise poner de pie pero Adrian me sujetó de la muñeca. No te vayas, Nora, no me dejes nuevamente. Y se puso a llorar. Entonces me tendió a su lado dándole la espalda y él me abrazó con fuerza, cubriendo con sus manos mis tetas, y besó con ardor la nuca.

Así comenzó mi vida como Nora, dejé de ser Adriana y también la hija de mi padre, pero eso ya se los contaré más adelante.